



Novela y Guerra Civil

MARÍA JESÚS GARRIDO CALVILLO

Subvencionado por:



Madrid, 2007





© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A

28013 Madrid

Depósito Legal: M-xxxxxx

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82



NOVELA Y GUERRA CIVIL

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR LA AUTORA
EN LA UNIVERSIDAD DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA,
EL 29 DE MAYO DE 2006)

La Guerra Civil española (1936-1939) es el acontecimiento central y decisivo de nuestra Historia contemporánea, aun quedan de ella vestigios físicos como la villa destruida de Belchíte en el centro de Aragón y muchas trincheras, algunas de ellas tan cercanas a nosotros como las de la Casa de Campo o las del Alto del León. Todavía viven algunos protagonistas y testigos relevantes o anónimos de lo que fuera un enorme cataclismo en el seno de la sociedad española. Algunos historiadores califican la Guerra Civil como *un tajo asestado a la convivencia de la sociedad española* (Tuñón de Lara), *una herida un cicatrizada pero todavía sensible y sentida que vive entre nosotros* (Javier Tussel).

La guerra comienza con un levantamiento militar a la manera de los pronunciamientos del siglo anterior y de los más cercanos, el de Calvo Sotelo y el de Sanjurjo. Estos dos últimos se resolvieron de forma contrapuesta; el primero no enc La Guerra Civil española (1936-1939) es el acontecimiento central y decisivo de nuestra Historia contemporánea, aun quedan de ella vestigios físicos como la villa destruida de Belchíte en el centro de Aragón y muchas trincheras, algunas de ellas tan cercanas a nosotros como las de la Casa de Campo o las del Alto del León. Todavía viven algunos protagonistas y testigos relevantes o anónimos de lo que fuera un enorme cataclismo en el seno de la sociedad española. Algunos historiadores califican la Guerra Civil como *un tajo asestado a la convivencia de la sociedad española* (Tuñón de Lara), *una herida un cicatrizada pero todavía sensible y sentida que vive entre nosotros* (Javier Tussel).

La guerra comienza con un levantamiento militar a la manera de los pronunciamientos del siglo anterior y de los más cercanos, el de Calvo Sotelo y el de Sanjurjo. Estos dos últimos se resolvieron de forma contrapuesta; el primero no encontró ninguna oposición y produjo una Dictadura amparada por el propio Rey. El segundo no fue seguido por la

mayoría de los militares y fracasó. En 1936 nos encontramos con un golpe que no triunfa totalmente y una revolución que se alza contra él pero que no es capaz de aniquilarle aunque lo reprime en varias capitales y que, a su vez, no tiene como propósito hacerse con el control del Estado. La sociedad española había evolucionado rápidamente y este golpe se produce en una situación muy diferente a la de los anteriores; por una parte, existía una fractura en el ejército que no aseguraba el seguimiento del golpe por la totalidad, los organizadores conocían esta situación y por ello, en las normas establecidas por Mola, el llamado Director, se conminaba a la represión de los que se opusiesen de forma directa, asesinandolos; por otra parte, los movimientos obreros habían alcanzado relevancia y fuerza, estaban organizados.

La rebelión que no triunfa, la revolución que carece de objetivos y dirección precisos, ha hecho que no pueda encasillarse esta guerra en los tipos establecidos, de forma teórica en los años 30. Fue desde luego una lucha de clases por las armas pero no fue en menor medida guerra de religión, de nacionalismos, guerra entre dictadura militar y democracia republicana, entre revolución y contra-revolución, guerra en la que por primera vez se enfrentaron fascismo y comunismo.

Una guerra anacrónica. Por una parte, guerra de otros tiempos con tantos muertos en la cuneta como en las trincheras, con campesinos en alpargatas y fúsil al hombro enfrentados a militares al mando de tropas mercenarias; y por otra, guerra de tanques y aviones, de ciudades bombardeadas sin objetivos precisos militares, con una coalición insólita de democracia y comunismo enfrentada a las potencias fascistas anuncio de los campos en que se dividirá Europa tres años después.

Los limitados éxitos o las limitadas derrotas de la rebelión militar y de la revolución obrera provocaron una situación en la que nadie controló todo el poder y fueron necesarias distintas alianzas y formas de colaboración que modificaron los objetivos iniciales tanto de la revolución como del golpe. La expectativa de instaurar una dictadura militar de los golpistas se vio profundamente transformada por los apoyos recibidos de la Iglesia, del Requeté y de Falange. Más tarde por los apoyos fascistas de Alemania e Italia.

Entre los generales golpistas, por ejemplo, Mola, el Director, el que preparaba el levantamiento desde Pamplona, era más republicano que monárquico y su intención era instaurar una Dictadura Militar Provisional según dice en su Instrucción reservada nº 1. Pero no se pronuncia sobre el tipo de régimen al que debe abocar. La mayoría de intérpretes piensan que su intención no era acabar con la República sino con el Frente Popular y reconducir al país por la senda conservadora. Otros militares son monárquicos y piensan en Alfonso XIII, mientras que los carlistas, cuando hablan del rey, lo hacen pensando en el pretendiente.

La expectativa de revolución social frente a un golpe de derechas, alimentada por los sindicatos, se vio a su vez afectada por la necesidad de librar una guerra en la que no po-

dían prescindir de nadie, ni de las clases medias ni de la reducida burguesía republicana. Estas no tardaron en reivindicar un contenido popular y antifascista por encima del de clase; una defensa de la legalidad republicana por encima de una acción revolucionaria. Las milicias populares tuvieron que convivir y finalmente aceptar, aunque nunca totalmente, la dirección y la formación militar y, a su vez, el ejército profesional, fiel a la Republica, tuvo que encuadrar y contar con las milicias populares.

El profesor Moradiellos en su libro *1936, los mitos de la Guerra Civil* nos habla de las interpretaciones de la Guerra Civil que se han dado a través de los años y establece dos fundamentales: la guerra como gesta heroica, lucha del bien contra el mal y la guerra como una tragedia colectiva en la que todos fueron culpables.

La primera participa del mito, entendido éste como la explicación no racional de un hecho, una leyenda transmitida sin discusión. Es una visión dicotómica entre buenos y malos, la lucha entre la España y la anti-España que se desarrolla de forma heroica. En el bando de Franco no se habla de guerra sino de Cruzada, nombre que le dio la jerarquía católica y que se generalizó junto con el de ejército de liberación y, finalmente, sólo se habla de lucha contra el marxismo, lucha contra los rojos. En el bando republicano, dada su diversidad, no existió tan unívoca interpretación pero también se desarrolló la idea de la lucha contra el capitalismo y los privilegios ancestrales de una sociedad injusta y retrograda. Finalmente todo se reduce a lucha contra el fascismo. Ni marxismo ni fascismo estaban explícitos el 18 de julio en ninguno de los bandos.

Habrà que esperar hasta 1964, el 25 aniversario de la Paz de Franco, para que se introduzca un cambio de interpretación. Desde el propio régimen se impulsa el nombre de Guerra de España sustituyendo al de Cruzada y Guerra de Liberación, pero sin admitir el de Guerra Civil por su connotación de equidad entre bandos combatientes que dicha denominación conlleva.

Al mismo tiempo sin dejar la visión dualista comienza a hablarse de que el conflicto fue una tragedia colectiva vergonzante y vergonzosa como una inmensa locura colectiva y como un fracaso de todos los españoles. Simultáneamente el Partido Comunista de España inicia en 1956 su política de reconciliación para derribar el régimen de Franco pacíficamente. Al año siguiente era el Partido Socialista Obrero Español el que reconocía que la guerra era ya considerada como una inútil matanza fratricida. En parte, era renunciar a la culpabilidad exclusivamente ajena para reconocer una culpabilidad colectiva. Según el profesor Bartolomé Bennasar, en su obra *El infierno fuimos nosotros*, de reciente aparición en España, era necesaria esta etapa para iniciar una convivencia entre españoles.

Actualmente estamos en un momento magnífico para llegar a una visión más científica, más parcial. Hoy se cuenta con datos y archivos hasta ahora vedados y quizá con una generación de historiadores que no han vivido directamente los acontecimientos y se enfrentan a ellos con el ojo estricto del investigador, dispuestos a darnos la visión más ob-

jetiva. A su vez, diversos motivos como el setenta aniversario, la presencia previsiblemente por pocos años de los últimos testigos personales, el movimiento por la recuperación de la memoria histórica, la apertura de archivos, etc. han hecho proliferar de manera extraordinaria los libros sobre la Guerra Civil, ensayo, novela, géneros intermedios e investigaciones de nuevos aspectos que contribuyen a extender el deseo de conocer mejor lo que pasó y lo que fue esa terrible guerra. En esta coyuntura debe insertarse el presente trabajo.

Las novelas sobre la Guerra Civil española pueden ser consideradas dentro del género de la novela histórica, es decir, novelas que recrean, con mayor o menor grado de realismo, acontecimientos y personajes históricos. El novelista busca su inspiración en hechos trascendentes que tengan significación para él y que por tanto también alcancen esta significación en el lector.

Dada la importancia que para los españoles tuvo la guerra es normal que se hayan escrito muchas novelas cuyos argumentos se basen en acontecimientos de la misma. Pero no debemos olvidar que la guerra supuso una fracción, no solo ideológica sino también física en razón del exilio, y por tanto nos encontramos con novelas escritas y publicadas por españoles, tanto en la península como en otros países, fundamentalmente en América Latina. Pero la Guerra Civil rebasó los límites de lo español y tuvo resonancia y trascendencia internacionales. Novelistas famosos han escrito en distintos idiomas novelas sobre la Guerra Civil. El profesor Moradiellos, ya citado, considera tres títulos como obras de valor universal: *La esperanza* de Malraux, *Homenaje a Cataluña* de George Orwell y *¿Por quién doblan las campanas?* de Hemingway.

En los dos bandos aparecen novelas al mismo tiempo que se desarrollan los hechos. Sirvan de ejemplo la del falangista Rafael García Serrano, *Eugenio o la proclamación de la primavera* y *La Esperanza*, ya citada, en el bando republicano.

Es normal que las primeras obras participen del mito de heroicidad y del maniqueísmo que domina la interpretación de la contienda, interpretación que se mantiene en la España de Franco utilizando una férrea censura. La escritura del exilio presenta rasgos de libertad y está marcada muchas veces por la nostalgia. Conviene recordar que, en razón de la censura, no era conocida en España.

La obra voluminosa de Gironella (1964) representa el segundo momento, la guerra como una desgracia colectiva. Aunque se presenta como imparcial queda claro que apuesta por los nacionales, pero no todos los republicanos están tratados como malvados y quedan muy aminorados los rasgos de heroísmo mítico al señalar el sufrimiento en ambas partes.

La novela sobre la Guerra Civil, como toda novela histórica, debe resolver el problema del equilibrio entre el peso de los acontecimientos históricos y el de la ficción. Muy pocas veces este equilibrio se consigue y hay novelas con distintas soluciones. En un extremo estaría la historia relatada con técnicas narrativas y, en el otro, una ficción que tiene como

telón de fondo los acontecimientos históricos que actúan como una atmósfera que envuelve a los personajes creados por el autor de la ficción. La guerra influirá en sus vidas, en el desarrollo y por tanto en las decisiones de los personajes.

La presencia de personajes y hechos históricos junto a los creados por el autor es lo más frecuente en la novela histórica, variando la proporción de los unos y los otros a gusto del creador.

La llama de Arturo Barea es historia presentada en forma de novela en la que el protagonista no es ningún gran político sino un humilde funcionario de una oficina de censura. *La guerra del General Escobar* sigue los hechos que, a lo largo de la guerra, vive este personaje histórico con los otros personajes también históricos. Parece que no hay ninguno de ficción.

En la obra de Agustín de Foxá, *Madrid, de corte a checa*, todos los grandes nombres de la política española salen y entran participando de la novela con los otros personajes de ficción con los que hablan e interactúan, es decir, participan ambos de la trama novelesca. Esta situación requiere gran cuidado. Agustín de Foxá lo hace con naturalidad pero en otras obras no está tan conseguido. Veamos como nos presenta a José Antonio Primo de Rivera en una comida en su casa y en la que participan sus hermanas y su tía junto a un amigo, personaje de ficción.

– *¿Qué te parece la actual situación?*

José Antonio no tenía ninguna esperanza en Acción Popular.

– *Quieren -decía- hacer en frío lo que nosotros en caliente. En general los partidos centristas son como la leche esterilizada: no tienen microbios pero tampoco vitaminas...*

Le llaman al teléfono.

– *Señor marqués, de parte del señor Montes.*

Eugenio Montes le llamaba desde La Ballena.

Lo más eficaz es que los personajes históricos estén citados para dar verosimilitud a la acción novelesca pero que no participen en ella. Esto ocurre en la mayoría de las novelas sobre la guerra.

En la actualidad prolifera el número de títulos escritos aprovechando el mayor conocimiento de los hechos históricos y el poder escribir con libertad lo que ha sido tema tabú durante tanto tiempo. Los escritores actuales no son testigos presenciales de la contienda pero muchos tienen presente los recuerdos de padres o abuelos sobre los que investigan. Al mismo tiempo utilizan para ello todas las innovaciones técnicas desde el punto de vista literario que caracterizan a la narrativa actual.

Al intentar trasladar a la novela un fenómeno tan complejo como la Guerra Civil, los novelistas se enfrentan con un serio problema de selección de materiales. Deben elegir

entre un escenario limitado o una dispersión que intente abarcar muy diferentes aspectos de la guerra y muy distintos escenarios, así como los varios niveles en que se desarrolla y los distintos grupos que en ella participaron. Los autores en su mayoría se inclinan por lo particular y lo concreto llegando en algunos momentos a personajes simbólicos. Así podemos considerar a Paco y a Mosén Millán en *Réquiem por un campesino español*. Paco puede ser el símbolo del campesino harto de injusticias; Mosén, el sacerdote que se siente desbordado por los acontecimientos y la rutina de lo normal, de lo que siempre ha sido así.

Max Aub, en *El laberinto mágico*, ha plasmado gran número de escenarios y de personajes. El lector desde las calles de Barcelona se traslada a Madrid, a la batalla de Teruel y hasta a la desbandada de Alicante. También Gironella se propuso ver la guerra desde muchos ángulos y lugares, los personajes pasan de una zona a otra y eso nos permite ver las dos desde dentro. Dispersa a los personajes sin perderlos de vista y no se olvida de la suerte de ninguno hasta el final. La acción iniciada en Gerona es llevada simultáneamente a Pamplona, San Sebastián y el frente de Barcelona. Al final vuelve a Gerona y a los personajes centrales

Por otra parte, y en relación con la objetividad, podríamos señalar que la historia está ahí, le es dada al escritor para que la refleje, realizando una selección en la que su creatividad tiene plena libertad. Sender dice en *Los cinco libros de Ariadna* que posiblemente el lector encontrará inverosímil lo que el autor sabe que fue real y auténtico, y verosímil lo que el autor sabe que ha sido inventado. Sender fue testigo directo de la guerra y, como para tantos otros que vivieron los acontecimientos, la creación artística se mezcla con sus recuerdos, con las vivencias personales. La ideología de cada cual puede mermar lo que llamamos objetividad. Hay novelistas que estuvieron en un bando y otros en el contrario. Aunque los hechos sean los mismos y los escritores pretendan ser objetivos, el punto de vista puede transmitir al lector atmósferas tan diferentes para los mismos hechos que resulte difícil identificarlos.

La entrada de las tropas de Franco en Barcelona es transmitida en una atmósfera gris, triste y deprimida por Xavier Berenguell en *Gorra de plato*, mientras los lectores de Gironella percibirán el alivio de los habitantes de la ciudad. ¿De cuales? cabría preguntar. Nos figuramos que las dos visiones tienen su punto de objetividad.

Vamos a pasar ahora al análisis de cuatro novelas, seleccionadas como significativas de un número más amplio, con la intención de promover el deseo de su lectura o relectura, en su caso. Las novelas elegidas presentan aspectos y momentos diferentes de la guerra. Tres se mueven, podríamos decir, en la retaguardia, y una, entre militares y políticos el 18 de Julio y más tarde en los campos de batalla siguiendo a un general, fiel a la Republica. Dos nos muestran los desmanes y fusilamientos del inicio, de los primeros momentos. Cada una se desarrolla en un bando, la primera en un pueblo de Aragón y la segunda, en Madrid. La posguerra más inmediata ocupa los cuatro relatos de la última propuesta.

Desde el punto de vista literario también son muy diversas. Dos de ellas tienen carácter circular, es decir, comienzan en el mismo o cercano momento en que terminan. Dos están escritas en primera persona, una en forma de diario. *Los Girasoles Ciegos* es la de publicación más reciente y la que utiliza recursos literarios más actuales, manuscritos, actas y documentos administrativos, distintos puntos de vista de los mismos hechos etc.

En *La guerra del General Escobar* todos los personajes son reales, y también los acontecimientos que abarcan desde la sublevación hasta la entrega del ejército de la República. Asistimos también al juicio y fusilamiento del protagonista. En el resto, los personajes son de ficción aunque en algunos momentos se hace mención de los reales.

Réquiem por un campesino español

Su autor, Ramón J. Sender, fue Premio Nacional de Literatura en 1935. Esta obra la escribió en el exilio en 1953. La editorial *Destino* la publicó en Madrid en 1974.

Es una novela corta basada, al parecer, en un hecho trágico ocurrido en un pueblecito aragonés a los pocos días del Golpe Militar. Tiene dos figuras centrales: Paco, el joven campesino que trabaja sus propias tierras y Mosén Millán, el cura párroco. También podríamos hablar de un personaje colectivo, el carasol o solana donde se reúnen las mujeres de los jornaleros y comentan los acontecimientos del pueblo. El relato se desarrolla de forma circular: comienza y termina en el funeral que Mosén Millán dice por Paco, fusilado algunos días antes. Mosén Millán espera que llegue la gente al funeral y mientras tanto recuerda a Paco y la relación que se había ido forjando entre los dos. Los recuerdos no aparecen de forma cronológica sino en desorden, y a la vez el monaguillo va recitando un romance sobre la muerte de Paco que ya va de boca en boca por el pueblo y que no deja muy bien parado al cura:

Ya lo llevan cuesta arriba / camino del campo santo. / Aquel que lo bautizara, / Mosén Millán el nombrado, / en confesión desde el coche / le escuchaba los pecados.

Los distintos acontecimientos históricos aparecen de forma muy sutil, como el telón de fondo al que ya nos hemos referido, mientras sus consecuencias para los personajes se hacen notorias.

Hay referencias a la inevitable marcha del Rey. El mismo día de la boda de Paco, y mientras Mosén Millán va hacia la casa para compartir la comida de la celebración, se encuentra con el zapatero y charlan un rato: *El zapatero encontró, antes de separarse del cura, un momento para decirle algo de veras extravagante. Le dijo que sabía de buena tinta que en Madrid el Rey se tambaleaba, y que si caía muchas cosas iban a caer con él. Como el zapatero olía a vino no le hizo mucho caso.*

Más tarde se dice: *Tres semanas después de la boda volvieron Paco y su mujer y al domingo siguiente se celebraron las elecciones. Los nuevos concejales eran jóvenes y con excepción de algunos, según Don Valeriano (administrador de los duques, dueños de casi todo el término), gente baja.*

Así nos enteramos del Golpe de Estado: *Un día del mes de Julio, la Guardia Civil de la aldea se marchó con orden de concentrarse, según decían, en algún lugar donde acudían las fuerzas de todo el distrito. Los concejales sentían alguna amenaza en el aire pero no sabían concretarla. Llegó a la aldea un grupo de señoritos con vergas y pistolas. Lo primero que hicieron fue dar una paliza tremenda al zapatero. Luego mataron a seis campesinos y dejaron sus cuerpos en la cuneta de la carretera entre el pueblo y el carasol.*

La personalidad de Paco se va fraguando a lo largo de la novela. Le vemos de niño acompañando al cura -es monaguillo- a dar la extremaunción a un moribundo. El hombre está agonizando y vive en la mayor miseria. El chico queda impresionado de la soledad y de la pobreza en que viven en las cuevas, zona que muchos del pueblo no conocen:

Hasta las primeras casas había un buen trecho. Mosén Millán dijo al chico que su compasión era virtuosa y que tenía un buen corazón. El chico preguntó si no iba nadie a verlos porque eran pobres o porque tenían un hijo en la cárcel, y Mosén Millán, queriendo cortar el diálogo, aseguró que de un momento a otro el agonizante moriría y subiría al cielo donde sería feliz. El chico miró las estrellas.

– *Su hijo no debe ser muy malo, padre Millán.*

– *¿Por qué?*

– *Si fuera muy malo sus padres tendrían dinero. Robaría.*

El cura no quiso responder.

Paco se convierte en defensor de los más pobres durante su permanencia en el Ayuntamiento y se enfrenta a los Duques, que cobran arrendamientos por los prados aprovechando una Ley del Gobierno sobre los bienes medievales.

Huye aterrado al llegar los primeros falangistas y ver sus actuaciones. Solo los padres saben su escondite y Mosén Millán les sonsaca pensando que si se entrega salvará la vida. El joven se entrega confiando en la palabra del sacerdote pero es fusilado. Mosén Millán asiste al fusilamiento, los falangistas quieren que los reos se confiesen, Paco pide a Mosén Millán que interceda por él y por los otros que no han hecho nada malo, que él bien lo sabe. Pero el sacerdote está como paralizado. Sentado en el coche del señor Cástulo con la puerta abierta, confesionario improvisado, sólo tiene palabras de resignación para los indefensos que reclaman su ayuda. *Paco se agarraba a la sotana de Mosén Millán, y repetía: no han hecho nada y van a matarlos. No han hecho nada(...) Usted sabe que somos inocentes, que no hemos matado a nadie.*

La novela termina cuando empezó, en el funeral que el cura dice por el joven asesinado. Espera que llegue la gente pero sólo llegan las tres personas más acomodadas del pueblo, y de forma patética aparece en la iglesia el potro de Paco que desde su fusilamiento anda perdido por el pueblo: *Mientras recitaba Mosén Millán el **Introibo ad altarem Dei pensaba en Paco (...)** Creía oír su nombre en los labios del agonizante caído en tierra: Mosén Millán... Y pensaba aterrado y enternecido al mismo tiempo: Ahora yo digo en sufragio de su alma esta misa de réquiem que sus enemigos quieren pagar.*

Celia en la revolución

La autora es Elena Fortún, seudónimo de Encarnación Aragoneses (1886-1952). Su vida literaria esta vinculada al personaje infantil creado por ella, Celia, que aparece por primera vez el año 1928 en *Gente Menuda*, páginas infantiles de *Blanco y Negro*.

La edición de *Celia en la Revolución* es de Aguilar de 1987 y está basada en el manuscrito que su nuera entregó a la profesora Marisol Dorao en Argentina. Estaba escrito a lápiz y ha tenido que ser en muchos pequeños detalles interpretado por la dificultad de la lectura.

El formato de esta última obra es el mismo que el de los libros infantiles anteriores: pequeños capítulos, acontecimientos narrados con sencillez y la visión de Celia de los mismos, su sorpresa, su dolor, su indignación... su dolorido asombro. No deja de preguntarse quién tiene la razón sin obtener respuesta. Aparecen dos personajes reales pero con poca relevancia en el relato: Laurita de los Ríos e Isabel García Lorca. La guerra es ese fatídico telón de fondo que no deja en paz a los personajes y les hace sufrir.

Desde los ojos de una adolescente de 16 años asistimos al comienzo de la Guerra Civil, al Golpe Militar en Segovia a través de las reacciones del abuelo, republicano convencido:

El abuelito deja el periódico violentamente y suelta una palabrota. Teresina le mira con los ojos redondos de de asombro y María Fuencisla, que come su sopita, hace un puchero con su boquita fruncida.

– ¡Abuelito, has asustado a las nenas!

– Se ha sublevado la guarnición de África.

– ¡Ah, bueno! -digo tranquilizándome-. Eso ha ocurrido siempre. Sublevaciones, motines, revoluciones... la historia de España está llena de...

Me callo al ver la indignación del abuelo, que se ha quitado las gafas para mirarme.

– Pero... ¿Pero qué chanfainas de historia os enseñan en esos institutos de cuerno? ¿Es que te figuras que el pueblo da armas a sus soldados para que opine y quite gobiernos y ponga reyes

y ametralle al mismo pueblo? ¿Es que puede haber en las naciones un elemento armado con todas las armas de la nación para utilizarlas contra quién quiera?”

Después tenemos conocimiento de que el abuelo es detenido y fusilado. Celia con sus hermanas y acompañada por una antigua sirvienta del abuelo, la celebre Valeriana, a la que los lectores de Elena Fortún conocen bien, marcha a Madrid en busca de su padre, también republicano, y de una tía, hermana del padre, que repudia a la Republica y tiene un hijo falangista. Al final la vemos tomando el barco en Valencia, sola con su pequeño equipaje, hacía un lugar incierto. Ella quiere ir a América. Nos quedamos sin saber su paradero ni el de su padre ni el de las hermanas pequeñas.

La mayor parte de la guerra vive en Madrid aunque va a Valencia y a Barcelona en busca de sus hermanas que han sido evacuadas desde el albergue de niñas en el que estaban.

En el Madrid de Julio y Agosto del 36 asistimos a los fusilamientos incontrolados. Celia visita en el hospital de Carabanchel a su padre, militar, herido en los primeros días en la Sierra.

El tranvía sale de la calle de Toledo y la recorre toda hasta el puente sobre el Manzanares. Al llegar allí, todas las mujeres miran hacia el río y cuchichean señalando con el dedo una orilla. Yo también miro pero no se que es lo que atrae su atención. Un hombre dice brutalmente:

– Hoy hay más de cien besugos -y todos se arriman.

– ¿Dónde? ¿Se les ve desde aquí?

– Ayer había doce

– Yo no los vi.

La conversación se hace general. Comprendo al fin que se refieren a los fusilados de la noche. Todos miran puestos de pie, y yo también me levanto a mirar... Si, allí veo un montón oscuro... Distingo el blanco de las caras ¡Cuantísimos, Dios mío!

– ¡Bien muertos están! - dice una mujer gorda cruzando sonriente las manos sobre la barriga cubierta con un delantal a cuadros.

– Son fascistas... chupadores de la sangre del pobre. (...)

... Una mujer se rió pero fue la única. Los demás continuamos el viaje en silencio como si volviéramos de un entierro.

La guerra del General Escobar

El autor, José Luís Olaizola, nacido en 1927, después de una vida como profesional de la abogacía y de la empresa decide dedicarse a la Literatura y al cine. En 1976 ganó el premio Ateneo de Sevilla por su novela *Planicio*, quedó al año siguiente en segundo lugar

por su novela *Lolo*, y en 1983 recibe el premio Planeta por *La guerra del General Escobar*. una historia novelada.

El autor escribió *no es un libro de Historia, sino una novela, para así atenuar la tristeza y aún crueldad de lo que sucedió, porque es sabido que las novelas son obra de ficción. Ojalá lo que aquí se cuenta hubiera sido una ficción.*

Está escrita en primera persona simulando un diario que el General escribe mientras espera su condena. De forma retrospectiva nos hace conocer la guerra directamente, en los frentes, desde su inicio en Barcelona hasta la entrega del ejército popular de la Republica, ya que es la historia de un militar y su participación en la contienda. Se trata de uno de los generales católicos practicantes, fieles a su juramento de lealtad a la Republica y a sus avances sociales, como el General Rojo, jefe del Estado Mayor o el asesor militar de Azaña, General Sarabia.

El relato nos muestra las tensiones entre las milicias populares y el ejército profesional; al final podemos ver ya formado el ejército popular de la Republica.

También nos muestra una familia como muchas, dividida, un hijo falangista, dos hermanos militares en el ejército nacionalista, un hijo también militar y, como él, fiel a la Republica, una hija monja...

Es uno de los responsables del ejército que no parte para el exilio voluntariamente y es condenado a muerte y ejecutado. Así nos narra cómo entrega el ejército de Extremadura, bajo su mando, al general Yagüe y cómo y por qué decide no exiliarse:

El 26 de Marzo de 1939 entregué mi ejército al general Yagüe. Procuré hacerlo ordenadamente.

...Fui emplazado para el mencionado día 26 y me extrañó que el lugar señalado fuera en campo abierto. Acudí sólo acompañado por el capitán Masips y, al volante, el sargento Bermúdez. Fue el último servicio que me prestó. Eran las primeras horas de la mañana.

El general Yagüe me esperaba apoyado contra un coche. Me acerqué y cuando me puse a su altura le saludé militarmente y él correspondió. Llevaba gorro cuartelero y cazadora de cuero. Quince pasos detrás estaba una escuadra de sus legionarios, en posición de descanso, con sus camisas verdosas y las mangas arremangadas, pese a que la mañana era fría.

Comencé a explicarle las medidas adoptadas para la mejor entrega de mi ejército. Al principio asintió con la cabeza, pero enseguida me interrumpió:

– Me parecen muy bien esas medidas, Escobar, pero si he venido yo personalmente es para decirle que puede marcharse.

– ¿Cómo dice?

– *Este coche con una escolta -miró hacia los legionarios que aguardaban- le acompañará hasta una avioneta que le llevará a Portugal. Desde allí le será fácil trasladarse hasta el país que más le convenga*

– *Gracias, general, pero no me voy a ir.*

– *¿Por qué?*

– *No veo ningún motivo.*

– *¿Le parece poco haber perdido una guerra?*

– *Las guerras hay que saber perderlas.*

Los girasoles ciegos

Es una obra actual, publicada en 2004, ganadora del Premio Nacional de la Crítica y el Nacional de Narrativa. Son cuatro relatos cortos situados en la misma época, la primera posguerra, del 39 al 42.

Su autor, Alberto Méndez, fallecido el mismo año de la publicación de estos relatos, era un hombre muy vinculado al campo editorial pero *Los Girasoles Ciegos* es su única novela, escrita con 63 años. El Premio Nacional de Narrativa le fue concedido a título póstumo el año 2005.

Para Jorge Herralde, su editor y amigo personal, la obra está constituida por cuatro relatos independientes aunque imbricados en una única atmósfera. Se trata de historias silenciadas durante años que el autor ha ido recogiendo con mimo a lo largo de su vida.

No son historias ciertas, pero sé que son verdad; son historias oídas a sus protagonistas, derrotados que las narraron siempre con sordina y sin poder vencer jamás a sus miedos, dijo Alberto Méndez en la presentación del libro.

El primer relato (1939), o primera derrota, narra la historia de un oficial franquista, el capitán Alegría, que se rinde a los republicanos cuando las tropas golpistas están entrando en Madrid, postura que ninguno de los dos bandos entiende pero que él justifica diciendo que las tropas de Franco pecaban de **usura** de muertos, no querían ganar la guerra sino aniquilar al enemigo, él no quiere entrar victorioso en un cementerio.

Vamos a ahondar en las razones del capitán Alegría tomando el acta del juicio sumarísimo que como artificio literario incluye el relato.

Preguntado por la fecha en que decide pasarse a las líneas enemigas traicionando al glorioso ejército nacional, contesta: la madrugada del día uno de Abril del presente año de la Victoria.

Preguntado por las razones que le movieron a tal acto de traición a la Patria contesta que lo hizo porque los tenientes coroneles Tella y Barrón tomaron en Noviembre de 1936 las po-

blaciones de Villaverde y ambos Carabancheles de Madrid. Que lo hizo porque las fuerzas de Asensio y Castejón tomaron la Casa de Campo de Madrid defendida por la primera y oncena Brigadas Internacionales que se limitaron a retroceder hasta las orillas del Manzanares (...) Preguntado por las razones de su conocimiento de los hechos referidos, el procesado responde que porque de él dependía la intendencia del Frente Sur y Suroeste, bajo las ordenes del general Varela. Preguntado acerca de si son las gestas del Ejército Nacional la razón para traicionar a la Patria, responde que no, que la verdadera razón es que no quisimos entonces ganar la guerra al Frente Popular.

Preguntado que si no queríamos ganar la Gloriosa Cruzada, qué es lo que queríamos, el procesado responde: queríamos matarlos.

A continuación se le expulsa del ejercito, se le declara culpable del delito de traición y connivencia con el enemigo, se le condena a muerte.

Por fin el degradado capitán Alegría había hablado a sus superiores de la usura.

El segundo relato (1940) nos presenta la huida a la sierra de dos jóvenes, ella embarazada y él poeta. Asistimos a sus penalidades, al nacimiento del hijo que provoca la muerte de la madre. El muchacho duda si es bueno que el hijo, hijo de derrotados, de vencidos, viva en la ignominia. Se inclina por la vida pero tanto la del niño como la suya propia no son posibles.

¿Hubiera preferido Elena que separara al niño de la placenta que le rodea, atara su cordón umbilical con uno de mis botas e intentara que humilláramos a los vencedores con la vida germinal de la revancha? Pienso que ella no hubiese querido un hijo derrotado. Yo no quiero un hijo nacido de la huida. Mi hijo no quiere una vida nacida de la muerte. ¿O sí? (...) Impensadamente me he encontrado dándole a chupar un trapo mojado en leche desleída en agua. Al principio no sabía si vivir o dejarse llevar por mi proyecto, pero al cabo de un rato ha comenzado a sorber el líquido del trapo.

En tercer lugar (1941) nos presenta a un preso que conoció al hijo fusilado del militar que le juzga. Tanto éste como su mujer muestran interés en conocer lo ocurrido a su hijo y el preso les entretiene contando heroicidades que no son verdad. Con ello retrasa su sentencia e incluso piensa que puede eludir la condena a muerte pero un día decide no continuar la farsa y no darle al verdugo el consuelo de ser misericordioso con él.

Todo lo que les había contado hasta ahora es mentira Lo hice por salvarme, pero yo no quiero vivir si eso le produce a usted alguna satisfacción. Y ahora quiero marcharme (...) Dos días después su nombre fue el primero de la lista para acudir al tribunal, fue el primero en comparecer ante el coronel Aymar. Fue el primer condenado a muerte de aquel día.

Por último (1942), nos encontramos a un chico y a una madre asediados ambos por el profesor fraile del niño que enmascara su lascivia tras el fascismo. Mientras, el padre y marido permanece escondido en un armario.

Los acontecimientos son contados desde tres focos: el del niño que habla en primera persona, el del profesor que lo hace a través de cartas que dirige a un superior y el del propio narrador en tercera persona.

Cuando acudí aterrizado al oír sus gritos, vi, cómo mi padre, desangelado e impotente, se abalanzaba sobre el hermano Salvador que estaba a horcajadas sobre ella.

Gritando algo ininteligible Ricardo se abalanzó sobre el hermano Salvador. Cuando logró zafarse de aquel aparecido que se aferraba a su cuello como si quisiera estrangularle, le bastó un manotazo para que su agresor volara por los aires (...)

– ¿Quién es ese hombre?

– Es mi padre, hijo de puta -contestó el niño.

Dios me había utilizado como brazo de su justicia. Por eso me alineé con los que conquistaron imperios, con los que taparon la boca a los leones, con los que escaparon al filo de la espada (...)

Llevado de un vigor en el que no me reconozco, Padre, arremetí contra el templo bien guardado que esa mujer me tenía vedado. Y bastó un gramo de mi ira para que saliera de su escondite el instigador del mal, el abyecto instigador de ese entramado de mentiras. El marido de Elena estaba oculto en casa.

Bibliografía referenciada

- Moradiellos, Enrique: *1936. Los mitos de la Guerra Civil*, Barcelona, Península, 2004.
- Bennasar, Bartolomé: *El infierno fuimos nosotros*, Madrid, Taurus, 2004.
- De Foxá, Agustín: *Madrid, de corte a checa*, Barcelona, Planeta, 1967.
- Sender, Ramón J: *Réquiem por un campesino español*, Barcelona, Destino, 1974.
- Fortún, Elena: *Celia en la Revolución*, Madrid, Aguilar, 1987.
- Olaizola, José Luis: *La guerra del General Escobar*, Barcelona, Planeta, 1983.
- Méndez, Alberto: *Los girasoles ciegos*, Barcelona, Anagrama, 2004.

Breve nota biográfica

María Jesús Garrido Calvillo es Maestra y Pedagoga. Comenzó su carrera profesional como maestra rural en Cabezamesada (Toledo). Continuó alternando estudio y trabajo hasta obtener las licenciaturas de Pedagogía y Psicología. Sus trabajos, aunque diversos, se inscriben en el marco de la Educación de Adultos y de los jóvenes con problemas de inserción social, siendo también colaboradora de los Movimientos de Renovación Pedagógica.